

SEGUNDA CONFERENCIA LATINOAMERICANA DE FACULTADES DE CIENCIAS ECONOMICAS

El problema de la cooperación entre las distintas naciones de América Latina es un asunto que ha preocupado a gobernantes y gobernados desde los albores mismos de nuestra emancipación política.

A partir de 1889, fecha en que se celebró la primera conferencia interamericana, las iniciativas, los estudios, las asambleas y los congresos se han multiplicado sin que hasta el presente se haya alcanzado una solución adecuada.

Desde la fecha precedentemente señalada los países del Río Grande al Sur vienen bregando denodadamente por la solución de los graves y profundos problemas que aquejan a sus respectivas economías.

Para comprender en su justa medida ese empeinado esfuerzo con que se procura modificar las actuales estructuras económicas y sociales, es necesario reseñar aunque fuera brevemente los rasgos fundamentales que caracterizan a esas economías.

Un rápido examen del mapa económico de Latinoamérica nos revela una enorme riqueza potencial inexplorada en su mayor parte, constituida por grandes bosques, dilatadas praderas, amplio litoral marítimo, cuantiosa riqueza pesquera, inagotables yacimientos minerales, etc. En suma puede decirse, sin temor de caer en la exageración, que Latinoamérica constituye un conjunto de naciones de las más ricas del mundo, con in-

mensas posibilidades para albergar en su dilatado territorio una comunidad feliz. Pero lamentablemente esa extraordinaria riqueza potencial no ha sido debidamente aprovechada.

Bastará con recordar que existen países que integran la comunidad latinoamericana que poseen sobrantes de productos alimenticios que se pierden o se destruyen por falta de una adecuada colocación en los mercados mundiales y que existen por otra parte grandes núcleos de población mal alimentada, mal vestida y mal habitada para poner en evidencia de manera irrefutable la existencia de un profundo drama económico y social que aqueja a Latinoamérica.

Por eso, aunque conocido, debe recordarse a cada instante que miles y miles de hermanos nuestros se privan del pan, de la carne y del azúcar, mientras cerca de ellos, a veces simplemente cruzando una línea imaginaria llamada frontera, cientos de toneladas de esos productos se destruyen, sin pensar en una redistribución más humana aunque tal vez menos mercantil.

No se piense que la extraordinaria riqueza a que venimos aludiendo es fruto de la exageración o del entusiasmo. Bastará con recordar que el hierro, el cobre, el estaño, la plata, el antimonio, el café, el trigo, el maíz, el lino, el cacao, el petróleo, etc., constituyen rubros fundamentales con que los países de América Latina participan con porcentajes altamente significativos en la producción mundial, para convenir en que esa extraordinaria riqueza constituye una tangible realidad que lamentablemente aún se encuentra deficientemente explotada.

Exceptuando el grupo de las islas de las Antillas, donde existen núcleos humanos bastante densos dedicados preferentemente al cultivo de la tierra, el resto de América Latina ofrece un panorama totalmente inverso. Enormes extensiones de tierra aptas para el cultivo de las que sólo se trabaja una ínfima proporción, una población proporcionalmente reducida, concentrada en grandes capitales, que indican una irracional e irritante distribución de la riqueza.

Los países montañosos si bien es cierto ofrecen áreas cul-

tivables más reducidas, brindan en cambio al hombre americano la explotación de su incalculable riqueza minera.

Lo que caracteriza a la economía latinoamericana tomada en su conjunto es ese fenómeno llamado monocultivo o monocultura, es decir, países que dependen fundamentalmente de uno o dos rubros, explotados muchas veces por grandes consorcios extranjeros, lo que contribuye aún más a agravar el problema ya que esas economías resultan fácilmente vulnerables frente a cualquier cambio que se opere en el campo del comercio internacional. Es por eso que resulta común oír y leer que el destino económico, social y cultural de países como Chile depende del cobre y del nitrato; el de Bolivia del estaño; el de Venezuela de su petróleo y así podríamos seguir enumerando una cantidad de países que dependen exclusivamente de uno o dos productos.

En virtud de que factores y circunstancias conyunturales de diversa índole han presionado y presionan aún por mantener ese tipo de economía basada en el monocultivo, es que consideramos urgente eliminar los obstáculos y promover el desarrollo armónico de las mismas.

Pocos son los países de Latinoamérica que han logrado romper el cerco que impide su libre desenvolvimiento incorporando nuevas y variadas actividades a sus antiguos moldes económicos; así por ejemplo escapan a la regla general Argentina con su proceso de industrialización, Méjico con la extracción y elaboración de sus minerales, Brasil con el extraordinario desarrollo de sus industrias básicas. Como puede apreciarse se trata de los países más importantes del continente que laboriosamente van forjando economías en planos distintos, es decir que penosamente van forjando las etapas de su desarrollo económico.

Pero este crecimiento dispar ha contribuido a estructurar países cuyas condiciones de vida interna son también completamente dispares.

Aún dentro de las propias fronteras de esos países se confronta la misma contradicción, frente a la opulencia de las gran-

des ciudades se debaten en estado realmente calamitoso los pueblos del interior. La mortalidad infantil y el analfabetismo constituyen el rasgo característico de grandes sectores de los pueblos de Latinoamérica que vegetan a la sombra de la opulencia y el despilfarro de las grandes capitales.

Por eso se repite continuamente que Latinoamérica vive aún la etapa primaria de su economía y que la industrialización, índice indiscutible del adelanto de los pueblos sigue siendo en gran medida una tarea a cumplir.

Es que mientras en América del Norte sus colonizadores contribuyeron al engrandecimiento del país con la fundación de pueblos, instalación de fábricas, trazado de ferrocarriles, etc., el período colonial Latinoamericano se caracterizó por un crudo mercantilismo amparado por un absurdo régimen monopolista a favor de la metrópoli.

Superada esa etapa y alcanzada la emancipación política la estructura económica sigue siendo dependiente en grado sumo. Los primeros manufactureros criollos y extranjeros que se establecieron en el nuevo mundo se vieron entorpecidos en sus esfuerzos progresistas, por las potencias que habían alcanzado un desarrollo industrial más evolucionado.

La exportación de capitales que se inició en el siglo XIX por parte de los países industrializados y dirigida a Latinoamérica, creó un tipo de economía orientada hacia la producción de materias primas destinadas a abastecer las fábricas extranjeras. Así nace el sistema de monocultivo o monocultura a que nos referimos precedentemente. Así fue también, como todas las ventajas que ofrece la industrialización fueron en su casi totalidad aprovechadas por las potencias inversoras.

La consecuencia de esa política económica no podría ser otra que la formación de economías regionales débiles y dependientes cuyos esfuerzos concurren fundamentalmente al engrandecimiento de los países tributarios de capital.

De ahí que se diga con toda razón, que el panorama de América Latina es desproporcionado y contradictorio. Dentro de las dilatadas llanuras de una fertilidad asombrosa, se ex-

tiende un latifundio regresivo; en medio de la abundancia de materia prima, se constata una industrialización totalmente reducida en la mayoría de los países; abunda la burocracia, los ingresos per cápita son reducidos y los déficits del presupuesto, permanentes.

Tales son, en apretada síntesis, los problemas más urgentes que enfrentan los países de América Latina y frente a ellos la presente generación de universitarios no puede ni debe permanecer indiferente y es por ello que la Facultad de Ciencias Económicas, Comerciales y Políticas ha asumido la responsabilidad histórica de convocar a las Facultades hermanas a una conferencia que ha de realizarse en la ciudad de Rosario, *entre el 10 y 15 de octubre de 1960.*

Cuando echamos a rodar la idea de reunir en una Conferencia a representantes de todas las Facultades de Ciencias Económicas de América Latina, lo hicimos pensando, entre otras cosas, que el conocimiento mutuo y trabajo en común son los caminos más adecuados para esbozar soluciones a los grandes problemas económicos y sociales de nuestras respectivas Repúblicas. Hoy, cuando nuestra iniciativa ya cuenta con el honroso auspicio de la Universidad Nacional del Litoral y de la Unión de Universidades Latinoamericanas nuestra responsabilidad se acrecienta, de ahí que nos permitimos exhortar a todos cuantos se encuentran vinculados a nuestra disciplina y a nuestra Casa de Estudios a que presten la máxima colaboración para asegurar el éxito de la Conferencia.

Han de examinarse en la mencionada Conferencia, dos importantes temas: *El mercado común Latinoamericano como factor de desarrollo económico común y Los planes de estudio de las Facultades de Ciencias Económicas y la formación de economistas.*

Es indudable que teniendo en cuenta el panorama económico general de América Latina bosquejado precedentemente el mercado común aparece como la gran esperanza. Es que el mercado común responde en buena parte, al interrogante que muchos formulan en el sentido de si es posible romper los an-

tiguos esquemas de la Economía Latinoamericana y encauzar a los respectivos países por los anchos caminos del progreso y bienestar. Sinceramente creemos que el mejor camino a recorrer para alcanzar la meta señalada es el de la cooperación, por eso conceptuamos al mercado común, sea éste regional o total, la contribución más positiva y el paso previo para alcanzar el ideal de la integración económica. Pero no hemos de concretarnos únicamente a los problemas económicos y por eso hemos incluido en el temario el que se refiere a los planes de estudios, en la seguridad de que mucho hay que decir y hacer en torno a la enseñanza de nuestra disciplina y a la formación de los futuros economistas, que sin duda alguna, tendrán, en un futuro no muy lejano, una excepcional gravitación en el destino económico, político y social de América Latina.

Como argentinos, como universitarios y como indoamericanos tenemos la tremenda responsabilidad de ser actores principales del quehacer latinoamericano. Por ello conceptuamos, que nadie puede ni debe mostrarse remiso o indiferente a nuestro llamado. La indiferencia se ha dicho, es símbolo de saciedad y los pueblos de Latinoamérica lo que precisamente tienen es hambre de libertad, de democracia, de justicia y de bienestar.

Rompamos pues los tradicionales moldes de enclaustramiento en que ha vivido la Universidad y salgamos unidos por el mismo ideal de examinar la realidad Latinoamericana, contribuyendo con nuestro estudio sereno y objetivo a la solución de sus graves y urgentes problemas.

SAMUEL GORBAN

E. Zeballos 583, Rosario